

incluso entre los judíos, el disidente, la «disidencia profesional».

¿Burgués? «También existía consenso respecto al carácter caduco del antiguo régimen [...] Los señores de antaño no eran ni inteligentes ni íntegros. Se adaptaron al nuevo poder [el del llamado «socialismo de Estado»] cuando el nuevo poder lo permitió. Considerábamos un síntoma de poco carácter identificarse en exceso con lo que una persona poseía, es decir, con aquello que podían quitarle». Sí, «burgués», pero un burgués para quien los conceptos de Marx servían para que el mundo pareciera «más fácil de ordenar», y que admiraba a Marx «como autor, quizá por su desenfado liberador», y en Marx, «a la bestia salvaje que se abría paso en la espesura» («Leyó dos veces el primer tomo de *El capital*, ese que por lo menos está bien escrito, y lo puso en la estantería entre los grandes escritores, cuya multiplicidad se convertiría en reflejo esplendoroso del politeísmo de Kobra...»).

En cuanto a lo de *mis ideas*, las naturalmente «disidentes» del autor, que penetran la novela desde la primera hasta la última línea y cuestionan el pensamiento dominante, sirve para aclarar, de paso, su concepción de aquel «libro con anillas» de unos órdenes intercambiables o aleatorios de lectura, y, por tanto, de los diversos sentidos posibles adjudicables a un texto. Porque «escribir no significa decir algo *acabado* [cursiva

nuestra], sino tratar de agarrarse a las paredes desde la profundidad del pozo. Para mí, la literatura constituye una liberación de la excesiva presión del mundo, del peso de todo cuanto piensan los demás. Escribiendo aprendo a respirar aliviado. Ante el cúmulo de juicios de la época, la literatura es la disciplina de la clarividencia. Sólo puedes decir la verdad narrando».

Pero, al mismo tiempo, por «disidentes», las propias «ideas» aparecen como «inacabadas» e incluso ambiguas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el antagonismo central encarnado por los fraternales amigos —y víctimas de desventuras parecidas— Dragomán, el trashumante, y Kobra, el viajero interior, y que se reitera, a través de distintas variantes, una y otra vez. «¿Cuál ha sido mi acto fundamental? ¿Haberme marchado? ¿Así como el acto fundamental de Kobra ha sido quedarse?, se pregunta Dragomán, quien tras veinte años de ausencia, vuelve a Budapest. «A juicio de Janós Dragomán —apunta Kobra—, el sedentarismo es síntoma de pereza mental, y a juicio de Kobra, errar por el mundo es síntoma de confusión espiritual». En este caso, ¿quién de los dos habla por Konrád, muy gustoso, en cuanto al resto, de que lo represente uno u otro según pinte la ocasión, hasta el punto de que no en pocas oportunidades las voces de ambos, deliberadamente, se confunden? ¿«Patriotismo» o «cosmopolitismo»? ¿O acaso

una y otra opción juntas, tal como sugiere el autor en su ya citada y no tan paradójica autodefinición: «Judío húngaro patriota y cosmopolita, es decir, un espectro?»

Todo tan poco «acabado» –y, sin embargo, rotundo como un puñetazo a la mandíbula, el puñetazo del que carecen tantas novelas actuales a las que se suele considerar «redondas»–, como lo es, en la concepción del autor, el propio círculo que cualquier novela intenta cerrar entre el sujeto que relata y el objeto relatado, cuando se trata, como en ésta, de partir «en busca del tiempo perdido». Dice al respecto Melinda: «Una vez me di cuenta de que mi mente estaba distraída. Y allí se encontraba mi amado [Dragomán] delante de mí y empezó a fosforecer y a convertirse en personaje de una novela. Descubrir por primera vez un nexo entre ciertas cosas parece una fiesta porque ese nexo probablemente no vuelva a establecerse [...]. Por mucho que me esfuerce en la búsqueda de la fidelidad de mis reflexiones, el texto siempre diferirá de su objeto. Las ciudades que pasan fugazmente ante las ventanillas del tren, las palabras dichas a nuestro alrededor, todo eso se pierde de manera irremediable, destruido por el tiempo».

En suma, desde el fondo del pozo, aquí también. Por mucho que nos «agarremos a las paredes», la superficie –el círculo luminoso y perfecto– nunca se alcanza.

Ricardo Dessau

Diccionario interdisciplinar de hermenéutica*

La salida al mercado, en nuevo formato y con significativas adiciones, de la cuarta edición del *Diccionario de Hermenéutica* dirigido por Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros viene a confirmar la extraordinaria relevancia de una iniciativa a la vez modesta y ambiciosa. Modesta por haber sido llevada a cabo sin apoyos institucionales, sostenida exclusivamente por el esfuerzo casi titánico de los directores y la generosidad desinteresada de los colaboradores. Ambiciosa por su exigencia intelectual, por su inusual amplitud, por el rango de las contribuciones y por su «legítima pretensión», declarada sin ambages por Ortiz-Osés en la Nota a esta nueva edición, «de situarse en la estela de nuestros grandes Diccionarios culturales contemporáneos, como el de Filosofía de J. Ferrater y el de Símbolos de E. Cirlot» (p. VII).

Cabe reconocer tanto el empeño como el logro. En un tiempo en que la especialización corroe las filosofías académicas y las reduce con demasiada frecuencia a escolásticas

* H. G. Gadamer, G. Durán, P. Ricoeur, G. Vattimo, R. Panikkar, J. L. Arangueren, E. Dussel, E. Trías y otros, *Diccionario interdisciplinar de Hermenéutica*, dirigido por A. Ortiz-Osés y P. Lanceros (4ª edición revisada y aumentada), Bilbao, UD, 2004, 628 pp.

que escudan su inanidad en idiolectos, la categoría de *Hermenéutica* que enuncia el título aspira a ser integradora en vez de acotadora: no se trata tanto de presentar una de las corrientes filosóficas más sugerentes y fructíferas de las últimas décadas como de transitar el ámbito plural que preconiza. Si la *Hermenéutica* fulge como nueva *koiné* (según la conocida fórmula de Vattimo) no es por haber vencido en singular combate a otras escuelas, sino por su inherente aperturismo y voluntad de diálogo: asumir que la comprensión del mundo es siempre una interpretación sujeta a mediaciones múltiples vacuna contra el dogmatismo y establece una disposición relacional sin pretensiones de absoluto. Este *Diccionario* quiere así, en palabras de Lanceros, «insertarse en esta vía que tolera múltiples direcciones y exige pluralidad de perspectivas» (p. 623). La interdisciplinariedad que enuncia el título no es un adorno, sino una condición ineludible a la interpretación; un vistazo a las más de 120 entradas que registra el índice basta para mostrar la extensión del espectro temático, que acoge no sólo las diferentes ramas clásicas y contemporáneas de la *Hermenéutica* (bíblica y jurídica, mitológica y teológica, sociológica y política, literaria y estética, cultural y simbólica...), sino también algunas ciencias que una especialización mal entendida ha ido alejando de lo que aún se llama humanidades (física, matemá-

tica, medicina), religiones y símbolos, artes (con un marcado predominio de la literatura), autores y períodos históricos, y un énfasis humilde pero decidido en las aportaciones específicas hispanoamericanas, que en sus momentos luminosos (Unamuno y Ortega cuentan con entrada propia) siempre ostentaron una sana irreverencia hacia los géneros y divisiones imperantes.

La nómina de colaboradores no es menos impresionante, y obliga a desistir aquí de su reproducción. Aunque por comprensible afán publicitario la autoría se atribuya en la portada a algunos de los nombres más ilustres (a los que habría que sumar aún muchos más), la discreción de los coordinadores no debe menguar su mérito particular. Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros, verdaderos catalizadores del proyecto, no sólo han corrido con la parte del león en la elaboración del *Diccionario* (a su cargo han quedado 15 o 16 entradas respectivamente, incluyendo algunas de las más sustanciosas), sino que llevan años consagrados a la sorda tarea de tender puentes entre ámbitos y tradiciones siempre expuestos a la tentación del ensimismamiento. Su entrega y dinamismo han arraigado hasta crear escuela en un entorno muy poco propicio: las contribuciones de aquellos que fueron estudiantes suyos bastan para atestiguarlo. Y si sus trayectorias individuales, acreditadas en numerosas monografías

(nada menos que 25 en el caso de Ortiz-Osés, media docena en el de Lanceros) han discurrido hasta el exceso por la senda solitaria a que esta sociedad aboca la labor intelectual, la dirección conjunta de esta verdadera enciclopedia colectiva viene a consagrar su voluntad de encuentro y de confrontación, fraterna y hasta lúdica, incitante, imprescindible. El resultado es algo más que un instrumento de trabajo y de consulta para el público especializado o simplemente inquieto: es toda una celebración de la riqueza de nuestras culturas y una invitación a su lectura más abierta. Un reto y un placer al mismo tiempo.

Ibon Zubiaur

Eduardo Moga o la conciencia de la exclusión*

El verbo *estar* –no nos llamemos a engaño– es verbo muy comprometido. Fácil de usar –como las armas blancas–, es espinoso y lleno de materias blandas que se nos escurren en cuanto pueden. Empleado a la ligera y sin conciencia parecería un verbo inocente, inocuo, vacío. Un arma blanca, sí.

La escritura poética de Eduardo Moga (Barcelona, 1962) gira en torno a la trágica insolvencia del significado que puede caber dentro del verbo *estar*. Desde sus inicios, la poderosa rebelión personal del escritor se envuelve en una franca consternación ante el abismo de ciertas palabras presumiblemente ajustadas por el uso, como «estar», «aquí», «cuerpo», «yo» y sus derivaciones. Ya en *La luz oída* –Premio Adonais, 1995– el poeta sorprendía con una incontestable compacidad («la oruga que se convierte en gato / que se convierte en mesa / que se convierte en hombre /.../») en la que latían de manera seminal cuestiones como la identidad, el tiempo, la muerte o la extraña combustión de la intimidad. Los

* Eduardo Moga, *Las horas y los labios*, DVD, Barcelona, 2003.